



Castellón

Elena Sánchez Miguel, 65 años.

Amelia Jiménez Graña, de 29 años.

UNA VIDA CON DIGNIDAD

La vida de Elena quizás no fue diferente a la de otros emigrantes. Tras la posguerra, hizo lo que otros: marchar de su pueblo para mejorar su estatus. La vida de Elena ha sido una vida corriente, una vida vivida con dignidad.

Elena era de un pueblo de Segovia, tan pequeño que nunca me dijo su nombre. Me explicó que su vida tras la posguerra fue algo dura. Las chicas se iban a Madrid a trabajar de criadas o trabajaban en la fábrica de galletas Vencedor desde los catorce hasta que se casaban. Una vez casadas, dejaban de trabajar para atender a sus maridos y recibían un dinero como finiquito. Dinero que a Elena no le dieron cuando se fue a Francia, pues se iba al extranjero y no a casarse.

Se puso a trabajar en la fábrica porque se quedó en el pueblo. Ganaba entre 37 y 41 pesetas a la semana y les daban el uniforme. Los turnos eran de seis a dos o de dos a diez y descansaban los domingos. Se dedicaban a meter galletas en cajas de lata o a llevar las pesadísimas latas de un lado a otro. La que ya era veterana tenía el honor de empaquetar surtido de galletas, mucho menos arduo. Los cuatro hombres que trabajaban en la fábrica ganaban tres veces más que ellas y algunos sólo se dedicaban a echar leña. Elena siempre se sintió incómoda en aquel sitio.

Lo poco que ganaban les daba para elegir su diversión: o se iba al cine el domingo o se compraba una Coca-Cola, pero no podía tener ambas cosas. Ahora sigue sin entender cómo los chavales de hoy en día tienen de todo y aún se quejan. Cuando era pequeña, no le faltaba ropa porque una tía suya de Salamanca les daba la que les quedaba pequeña a sus hijas. También tenía una tía en Argentina, por parte de su padre, que les mandaba algunas prendas de vez en cuando. Ya de mayor, ella misma se cosía sus vestidos.

Decidió irse a Francia a trabajar por miedo. Como era buena chica y llevaba mucho tiempo allí, estaba segura de que la querían hacer encargada. Ella no quería eso: era tan buena que, como a la encargada le tenían manía, pensaba que si a ella la hacían jefa, las otras le tendrían manía también. Se fue al norte de Francia, cerca de Nancy, a una fábrica de confitura.

Antes de irse, hizo el servicio social en la Sección Femenina para que le dieran el pasaporte. Consistió en arreglarle la ropa al cura del pueblo. Como la hicieron aprender a coser, no fue tarea difícil. De pequeña, le gustaba mucho leer, pero no había medios. Cuando conseguía un libro o una revista, siempre lo escondía entre los útiles de costura. Su abuela la dejaba leer, pero si llegaba su madre, tapaba la revista con la tela y simulaba que cosía. A su madre no le gustaba que ella se dedicase a fantasear. Quería que cosiera y cosiera. Por eso siempre tuvo ganas de aprender muchas cosas y mucha pena por no saber escribir mejor.

Tres de su pueblo fueron a Liverdun. Alrededor de unas 200 chicas vivían en un molino viejo que habían acondicionado. Dormían de siete en siete, en habitaciones con cuarto de baño. Había una sala con hornillos donde cocinaban. Elena compartía los gastos de la comida con Angelines y Charo, sus compañeras del pueblo. A una de ellas le encantaba el foie-gras y, como era lo más barato, siempre tenían bocadillos de lo mismo. Desde entonces, Elena no puede ni ver el foie-gras, paté o como se llame.

Angelines y Charo acabaron casadas con dos americanos, ya que había una base militar americana cerca de allí. Las chicas salían con los americanos y muchas de ellas acababan saliendo con varios. Alguno le propuso salir, pero Elena no se veía preparada. Ninguno le interesó como para querer salir con él. Las madres de la época habían educado a sus hijas en el pundonor, la obediencia y la honra. Siempre iba con mantilla y manga larga, sólo salía a pasear y a rezar el Rosario a la iglesia. Si iba al cine, derechita a casa en cuanto terminaba la película.

No sabía si esperaba a su príncipe azul, mas sí que era muy idealista. La segunda vez que estuvo en la fábrica de confituras, despidieron a una chica española y algunas se fueron por solidaridad con ella. Más tarde

Recordar, compartir, aprender

se enteraron de que la habían despedido por vaga, no porque le tuvieran ojeriza.

Su casa era grande; sin embargo, la compartía con sus tíos y primas. El hermano de su padre trabajaba en un taller en la planta baja: su tío trabajaba el hierro y su padre hacía carros y arreglaba los aperos de los labradores. Muchas veces a su padre le debían dinero los labradores, pues le pedían que arreglase las herramientas de labranza y luego no le pagaban. En los primeros seis meses que estuvo en el norte de Francia, ganó sesenta mil pesetas, que sirvieron para hacer un baño completo y un muro que dividiera la casa, para poder vivir las dos familias separadas.

La vida de Elena quizás no fue diferente a la de otros emigrantes. Volvió a ir a Francia, esta vez a la Cartuja de La Grande Chartreuse, junto con su prima Ana Mari, a trabajar para las monjas que se ocupaban de los monjes cartujos. Allí conoció a su futuro marido, quien, por azar del destino, viajó a aquel lugar desde Santa Magdalena de Pulpis, en Castellón, con otros dos picapedreros, a construir una capilla. Vicente, a los dos meses de conocerla, ya quiso casarse con ella. Elena no se lo tomó en serio hasta que él no dejó a la novia que tenía en el pueblo. Volvieron a España, se casaron y su vida fue como la de otros emigrantes retornados, llena de sencillez y calor.

Elena no cree que su vida haya sido tan especial. Simplemente, una vida corriente, una vida vivida con dignidad.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Elena podría hacer algunas reflexiones sobre su vida, pero piensa que no ha sido muy diferente de la vida de la gente de su generación.

En la época de su niñez y juventud, se iba a la escuela, pero no se cuidaba la educación académica. Se daba más importancia a trabajar y a crecer con rectitud moral, trabajar la buena fama.

Para ella, el trabajo excesivo embrutece; es muy bueno tener otras actividades donde se desarrollen otros aspectos de la vida. En su circunstancia actual de jubilada, piensa a menudo que se equivocó o no tuvo la ocasión de dedicarse más a la educación de sus hijos, puesto que ahora se da cuenta de la enorme importancia que tiene.

Siempre quiso poner más empeño en dar más cariño a sus padres, pues son lo más importante de su vida. Ve como positivo el haber vivido la posguerra y sus carencias, pues ahora disfruta más de las comodidades y del buen nivel de vida. Asimismo, es satisfactorio poder tener tiempo para hacer cosas que antes no podía hacer, como disfrutar de sus seres queridos o poder hacer comidas especiales los fines de semana para los suyos.

No obstante, jamás hubiera imaginado tener la oportunidad de ir a la Universidad para Mayores. Ha sido muy gratificante poder aprender tanto sobre tantos temas diversos e interesarse por cosas que nunca le interesaron, como los libros de historia, la filosofía, la música o la pintura. Disfruta de verdad con cada clase y volverá a matricularse el próximo curso.

Lo que más valora en esta vida es el cariño de los demás, trabajar para conseguir el bienestar y hacer agradable la vida a todos. Sobre todo, ahora disfruta de la buena música, la literatura y del cuidado de sus plantas.